
GENOCIDIOS Y PLAZAS PÚBLICAS: ANOTACIONES PARA LA HISTORIA DE LA INFAMIA

RAFAEL HERNANDO LUNA
ACADÉMICO NUMERARIO

Hacia finales del cuarto milenio ya existían en Mesopotamia ciudades bien estructuradas. Desde allí, y desde el Valle del Nilo, el modelo de dispositivo urbano se va desplazando hacia Occidente hasta llegar en principio a las tierras de Grecia en el II milenio. Con las ciudades aparecen las plazas públicas, lugares anchos y espaciosos ubicados hacia la zona central del área edificada, estableciéndose en ellas los contactos sociales, políticos y comerciales de los vecinos, celebrándose en las mismas las ferias, fiestas públicas e incluso mercados ordinarios, amén de representaciones, paradas y desfiles militares, exhibiciones religiosas y, cómo no, ejecuciones de condenados o de simples acusados. En el *ágora*, o plaza pública, centro vital de las ciudades griegas, tenían lugar las asambleas de las que emanaban las normas para el gobierno de la comunidad. Por otro lugar, a la orilla del Tíber, surge la ciudad de Roma (los etruscos habían tenido contacto con las colonias griegas del S. de la península Itálica) la cual -la *urbs*- siguió en buena parte el modelo griego, sustituyendo el *foro* al *ágora*. Luego, el urbanismo romano habría de ser adoptado en toda Europa y norte de África sin que faltase en cada caso la plaza pública.

PLAZAS DEL MUNDO.

En Europa existen infinidad de plazas públicas que, tanto por su historia como por sus valores urbanísticos, son dignas de mención y, en consecuencia, la nominación de algunas de ellas de ninguna manera debiera obviarse incluso en trabajos -como el presente- de más que recortada extensión:

De San Petersburgo la llamada del Senado y la de Palacio luego serán citadas, con buen detalle, por los sucesos que tuvieron lugar en ellas, precedentes remotos e inmediatos a la Revolución Bolchevique. También en Rusia, la Plaza Roja de Moscú no podría tampoco dejar de mencionarse.

Polonia tiene, entre otras, dos plazas dignas de ser nominadas, la del Mercado

de las Flores (totalmente reconstruida después de la II Guerra Mundial), que ocupa el corazón de la zona antigua de la ciudad de Varsovia, y la Sukiennice o de Los Paños, en Cracovia.

De Londres son famosísimas -a escala mundial- la circular Piccadilly y la cuadrada Trafalgar, las cuales frecuentemente se califican en su completa denominación: Piccadilly Circus y Trafalgar Square. La espaciosa Plaza de La Concordia, donde fue guillotinado Luis XVI (llamada entonces Plaza de La Revolución), el Trocadero y la de la Vendôme, son posiblemente los lugares abiertos más afamados de París -la de La Estrella es la antítesis de las plazas clásicas: es un espacio de convergencia de grandes avenidas- y en Berlín quizás destaque por sus valores urbanísticos la Alexanderplatz.

La Gran Plaza de Bruselas es el digno testimonio de toda una época de apogeo de la industria y el comercio de los territorios noroccidentales europeos comprendidos entre Francia y las fronteras de Dinamarca. En Italia hay numerosas y bellísimas plazas: en Florencia, Siena..., medievales, renacentistas..., que son conocidas en todo el mundo, como es el caso de la veneciana de San Marcos. En Roma, la de San Pedro, lugar de concentraciones del mundo católico y, en ella, la bella columnata de Bernini, con su serena monotonía, obliga a dirigir la atención y la vista hacia la fachada de la gran basílica romana.

En Atenas, Placa es el centro activo y comercial por excelencia de la ciudad, mientras que en el otro lado de Europa, en la vecina Portugal, Rossío -antes lugar con otra configuración y "muchos autos de fe"- se muestra como plaza pombalina, algo decadente, que apenas consigue en la actualidad mantenerse como centro vital de Lisboa. Más popular en el mundo comercial, pero menos cosmopolita es la vecina explanada de La Figueira. Enlazando como Rossío por la Baixa, y a los pies del Chiado, el marqués de Pombal consiguió la máxima grandiosidad urbanística en la fría y poco bulliciosa Praça do Comercio o Terreiro do Paço, magnífico acceso a la capital portuguesa desde las dársenas del Tejo, y que nos obliga a recordar el aire, los espacios y sus dimensiones e incluso el color de algunos puntos del urbanismo de San Petersburgo; en ella fueron asesinados el rey D. Carlos y el príncipe heredero. Con todo, el mayor encanto de los espacios lisboetas está en sus "largos", en los que predomina la dimensión longitudinal de la planta. Lisboa y no pocas localidades portuguesas tienen bellísimos ejemplos de estas singulares plazas públicas, habiendo alcanzado, entre otras, merecida fama él -en este caso- llamado Praça do Giraldo, en Évora, enmarcada en parte por soportales graníticos. Magníficas plazas y largos se pueden encontrar en Estremoz, como es el caso de la enorme explanada barroca Rossío Marquês de Pombal, con mercado permanente, en la parte baja de la ciudad; en Elvas, o en Vila Viçosa, donde destaca por su dimensionamiento del espacio que hizo función de plaza de armas -Terreiro do Paço- ante el Paço Ducal y el Convento dos Agostinhos, hoy Pousada.

En América, el modelo de plaza española está plasmado en la Ciudad de Méjico en la grandiosa Plaza Mayor, conocida popularmente como "El Zócalo", que procura muy amplias perspectivas para el Palacio del Virrey y la catedral. Esta plaza, extremadamente bulliciosa y pintoresca es el verdadero corazón espiritual de Méjico.

En el magnífico urbanismo de La Habana, la inacabada Plaza de La Revolución acoge multitudes que escuchan conmovidas la voz del “Comandante” Fidel, e incluso también de otros líderes, como fue el caso del viajero Papa Wojtyla. Cuzco, centro del Imperio Inca, ciudad situada a cotas que superan los 3400 m dispone de una plaza precolombina, bien dimensionada, y reconvertida luego en plaza mayor colonial -cuyo piso a la llegada de los españoles era una especie de tremedal, que fue desecado y rellenado- de la cual, partían cuatro “camino reales” o calzadas incaicas. Los cronistas de la primera etapa de la conquista referían con admiración determinadas características de los edificios de las calles, y especialmente de la plaza de Cuzco, levantados a expensas de grandes piedras muy bien ajustadas y “asentadas”. En Brasilia, la Plaza de los Tres Poderes es realmente el lugar comprendido entre la Universidad, los Ministerios y la Catedral, quedando a su vez enfrentada al lago artificial de Paranoa; paradójicamente resulta poco bulluciosa, quizá por quedar apartada de los centros comerciales. Niemeyer -arquitecto- y Costa -urbanista- la proyectaron para que tuviera vida en su espacio; en ese sentido -sólo en ese sentido- puede decirse que el uso de la misma como lugar de encuentro de las gentes ha resultado un fiasco. Las madres de La Plaza de Mayo, en Argentina, habrían de hacer famosa a nivel mundial ese gran lugar, de más que considerables dimensiones. En ella, esas mujeres mantienen el recuerdo de sus hijos masacrados en una de las más execrables acciones de la reciente historia de la infamia.

En Asia, concretamente en Extremo Oriente, hay plazas -de considerable superficie- silenciosas, y delimitadas en ciertos casos por edificios de carácter religioso- pagodas, así como palacios imperiales, reales, y algunas otras nobles construcciones de carácter público.

En África, en El Magreb, son frecuentes, y a veces bellísimos, los espacios urbanos despejados: unos son de carácter autóctono, y otros -que no siempre desentonan- tuvieron un origen colonial. De estos últimos quizás no debieran dejar de citarse, con sus antiguas nominaciones, la Plaza de España, en Tetuán, y la Plaza de Francia, en Tánger. Otra Plaza de España -en este caso circular-, sita en Melilla, es el magnífico vestíbulo al mundo arquitectónico modernista de esta multicultural ciudad. La más famosa y universal de las plazas norteafricanas, es la de la Yemaa el Fna, en Marrakech, muy visitada por el turismo que busca allí la faceta más pintoresca del reino de Marruecos.

PLAZAS PÚBLICAS ESPAÑOLAS.

Por somera que fuese una relación de plazas españolas, de ella no podrían faltar algunos nombres de grandes espacios públicos en Barcelona y Valencia, en los que -independientemente de otros incluso con mayor carga histórica- se mantiene el centro vital de la ciudad; éstos son en esas ciudades, respectivamente, la Plaza de Cataluña y la Plaza del Ayuntamiento -que cambió varias veces de nombre-. En Zaragoza, la Plaza del Pilar es el lugar despejado y amplio que permite acoger concentraciones populares masivas, como son algunas de las grandes celebracio-

nes marianas. La Plaza Mayor de Salamanca es una joya de arenisca de tonos dorados, mientras que la de El Obradoiro, en Santiago, es una apoteosis de granito, aun cuando esta noble piedra se resistió siempre a ser utilizada en los más complicados ornatos barrocos, como es el caso de la fachada, del mismo nombre, de la famosa basílica-catedral, meta apostólica de peregrinos. La también Plaza Mayor de Cáceres, a los pies de la ciudad medieval, entre una gran muralla de piedra apizarrada del país y una batería de soportales blancos, junto con la Plaza Mayor de Trujillo, son quizás las más representativas -o al menos las más destacadas por conocidas- y posiblemente las más valoradas de toda la Alta Extremadura. En Madrid hay que referirse a la provinciana Puerta del Sol, y sobre todo -por su mayor antigüedad- a la Plaza Mayor, que desde hace ya tiempo dejó de ser el primer centro gravitatorio madrileño; en ella, hasta el año 1790, se colocaba el cadalso frente a la Casa de la Panadería, cuando era garrote delante del entonces llamado Portal de Paños, y si se trataba de horca (o para los degollados), en la parte de Las Carnicerías. Las plazas de Chinchón y Ocaña -la primera oblonga; la última, con arcadas de piedra de Colmenar, dieciochesca- dan tipismo y valor a tan interesantes poblaciones. La irregular, que como la primera anterior tiene la zapata y el dintel como elementos arquitectónicos en sus galerías, conocida desde siempre con el nombre de Zocodover, en Toledo, es quizá la plaza castellano-manchega más cargada de vida y de historia; más al S. de este ámbito destaca en forma, volúmenes, y color, la singularísima Plaza Mayor de Almagro, en arquitectura en buena parte insólita en toda la llanura manchega. En el SE. Español, en Murcia, destacan la silenciosa del Cardenal Belluga y la recoleta -y a veces bulliciosa- de Santo Domingo. Volviendo de nuevo a Extremadura, esta vez muy al sur, en Zafra, aparecen las bellísimas plazas porticadas La Grande y La Chica, enlazadas por un ángulo, rústicas quizás en la pesantez de los fustes graníticos de sus soportales, y blancas en la altura (el blanco nunca es “rústico”) con algún encaje mudéjar en los lienzos de las fachadas. En la histórica ciudad de Llerena, su Plaza de España -con sus galerías, su torre, y su tono albar, que delata la proximidad andaluza- puede traer el recuerdo de su priorato (San Marcos de León) autos de fe, hogueras, e “iluminados”; en resumen, la pesadilla de la Inquisición.

De las plazas sevillanas sólo se van a citar la de Santa Cruz, el Patio de Banderas, y también, la del Triunfo, que está acotada por El Alcázar, Archivo de Indias, Catedral, y su continuación en el espacio, hasta los pies de La Giralda y la fachada del Palacio Arzobispal. La Plaza Mayor de Ecija es un rectángulo luminoso y blanco, con demasiados obstáculos -recientes- en su pavimento.

Granada es ciudad de abundantes plazuelas. Connotaciones históricas y otros valores obligan a citar Puerta Real, la Plaza de Bibarrambla -con los recuerdos de alardes de caballeros musulmanes- la del Triunfo, donde fue ejecutada Mariana Pineda o la de San Nicolás mirador de privilegio del Albaicín.

Málaga tiene una plaza histórica, la de La Merced, acerca de la que se pueda pensar que está algo degradada, aunque mejor debiera decirse que su aspecto es rebajado respecto a sus funciones y protagonismos pretéritos. La de La Constitución, abierta hacia el extremo norte de la famosa calle Larios -“gran vía” creada a

golpe de piqueta en épocas en las que el casco viejo de las ciudades tenía que abrirse al tráfico, e incluso al aire y a la luz-

La liberal ciudad de Cádiz fue la primera de España que llamó Plaza de La Libertad a un lugar urbano, concretamente al entonces más importante de sus espacios de intramuros; inaugurada ésta en 1838, tuvo instalada en ella el edificio del mercado público. En esta tan luminosa ciudad sigue teniendo en la actualidad más que principal importancia la Plaza de San Juan de Dios.

En Córdoba, las plazuelas -nada menos que en número de setenta en el casco antiguo- son íntimas y silenciosas, como las “pequeñas plazas” cantadas por García Lorca. La Plaza del Potro es sin duda la de mayor relevancia histórica. La dieciochesca de La Corredera, que evoca tanto las lidias goyescas como las piras “purificadoras” del Santo Oficio, y que fue el alma de la ciudad, cedió su protagonismo urbano a la de Las Tendillas -espacio de derribos- que, ahora, a finales del siglo XX, a duras penas intenta mantenerse como centro de la ciudad, ¡una batalla perdida!.

Pese a que las mayores masacres de la historia, las mayores acciones genocidas sobre multitudes indefensas, han tenido lugar en campos abiertos, aquí, expresamente, la temática se habrá de centrar en los actos criminales masivos sucedidos en espacios urbanos semicerrados, como son las plazas públicas. De los recientes tiempos: el asesinato de más de ochocientas mil personas, en sólo cien días cuando el Gobierno de Ruanda -del grupo étnico hutu- en 1994, ordenó masacrar -según las agencias de noticias al uso- exterminar, a la etnia tutsi. En cualquier caso, ¡la humanidad no debe olvidarlo!.

PLAZA DE CAJAMARCA, 15 DE NOVIEMBRE DE 1532.

Ese día, Francisco Pizarro “con 62 jinetes y 106 soldados de infantería, de los cuales 20 eran ballesteros y 3 arcabuceros, llegó a la plaza de la ciudad de Cajamarca, toda ella desierta”. Escondió a sus hombres en los edificios que daban a la plaza, enviando a Hernando de Soto y a Hernando Pizarro con un mensaje de invitación al emperador inca para que visitase “a su hermano”, el caudillo español, en esa Plaza de Cajamarca.

Al siguiente día, ingenuamente y con gran boato, Atahualpa llegó a la “silenciosa” plaza, acompañado según alguna crónica, de unos 5000 hombres desarmados. No tardó en oírse un fuerte grito, ¡Santiago!, e inmediatamente los españoles -ocultos- que estaban preparados al efecto con arcabuces y ballestas, lanzaron sus proyectiles, luego los caballos e infantes saltaron a la plaza. Los indios supervivientes -aterrorizados- huyeron fuera de la ciudad. “Como los indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano”. Se ha calculado un mínimo de 2000 muertos, mas es probable que fuesen cuatro mil. El imperio de los incas se había derrumbado en media hora, y su jefe supremo fue tomado prisionero, ofreciendo éste a Pizarro, como rescate a cambio de su libertad, todo el oro que cupiese en su celda hasta la altura que alcanzase su mano. Atahualpa cumplió su palabra y, por tanto, debía ser puesto en libertad, mas habiendo alejado

intencionadamente del lugar tanto a Soto como a su hermano Hernando -que tenían reconocidos valores de caballerosidad e incluso habían llegado a intimar con el prisionero- se le montó a éste un falso proceso, siendo ejecutado por estrangulamiento. La villanía y la vileza de Francisco Pizarro fue de tal calibre hasta el extremo de que no es fácil encontrar un precedente; además de un genocida farfante había conseguido ser calificado como un frío asesino. Oviedo, que en sus crónicas aprobó otros crímenes, horrorizado ante éste, dijo literalmente:

“... cuán mal acordado y peor hecho fue todo lo que contra Atahualpa se hizo... en le quitar la vida... Todo aquello fue rodeado por malos...; y le comenzaron a le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, siendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado, y descompuesto clérigo, y un escribano falto de conciencia y de habilidad”.

PLAZA DE SAN ANTONIO. CÁDIZ. AÑO 1820.

Corría el 24 de enero de 1820 cuando, al grito de “Viva la Libertad”, un contingente de militares, a los que se adhirió un numeroso grupo de civiles, marchando en conjunto -vitoreando a La Constitución- desembocaron en la Plaza de San Antonio. Allí, el movimiento fue abortado por las fuerzas leales al rey, de diferentes cuarteles gaditanos. Los defensores de La Constitución fueron abatidos y, en consecuencia, hubo “algunos muertos, más heridos y numerosos prisioneros”. Pese a este precedente, el 10 de marzo del mismo año, a las 10 de la mañana, a instancias del entonces capitán general de Andalucía, que a la sazón se encontraba en Cádiz, recogiendo al parecer el sentir del pueblo gaditano, “permitió” que las gentes se concentrasen en la Plaza de San Juan de Dios para acompañar a la comitiva oficial que, desde el Ayuntamiento, se había de dirigir a la Plaza de San Antonio para promulgar La Constitución. A la misma hora referida de aquella mañana salió desde el cuartel llamado de La Bomba un batallón armado, el cual se dividió en tres secciones que convergieron en la plaza en cuestión. Ésta ya estaba ocupada por un inmenso gentío a la llegada de la tropa; inmediatamente después, obedeciendo el toque de clarín -y a los “¡vivas!” al rey- comenzaron los soldados a disparar contra el personal desarmado, lo que provocó numerosos muertos y heridos. Una parte de la muchedumbre pudo huir o buscar refugio en los portales de las casas más cercanas, cuyas puertas llegaron a ser forzadas en algunos casos por los militares; en todo caso, los soldados se apoderaron del dinero y objetos de valor de muertos y moribundos. Mas, pese a todo, aún no había llegado el final de los sucesos: mientras tenía lugar la masacre de la Plaza de San Antonio, el regimiento de La Lealtad y las demás fuerzas de la guarnición de Cádiz se habían desplegado, excepto las de marina y “oficiales de artillería” que no habían querido participar en posibles crímenes. Las calles y plazas de la ciudad quedaron desiertas de personal civil, quedando en ellas tan solo los muertos y heridos. Los militares conjurados hacían fuego sobre ventanas y balcones; se violaban y robaban domicilios y tiendas. En realidad, tanto el expolio como la matanza no cesaron hasta las cinco de la

tarde, y las puertas de las viviendas no se abrieron hasta cuatro días después. Los muertos -desde fuentes “más o menos oficiales”- se dijo que habían sido 200, no obstante la tradición popular los estimó en más de cuatrocientos.

Pese a tantos “insalvables” obstáculos, muy poco después -el día 27 de abril del mismo año- el pueblo, junto al Jefe Superior político de la provincia, en la misma Plaza de San Antonio proclamó La Constitución Española, descubriéndose una lápida conmemorativa de tan significativo acto que tanto esfuerzo, sangre, y tesón, había costado ya -por entonces- al pueblo español en general y a las gentes de Cádiz en particular.

SAN PETERSBURGO.

En la Plaza del Senado, luego llamada Plaza de los Decembristas -enmarcada por los monumentales edificios del antiguo Senado y el Almirantazgo, el río Neva y la catedral de San Isaac- tuvo lugar el primer conato revolucionario ruso. Sucedió el 14 de diciembre de 1825; oficiales de ideología liberal, en su mayor parte de la nobleza, habían formado sus tropas -unos tres mil soldados y marinos- en dicha plaza para ser revistados por el Zar. Estos “militares ilustrados” eran en buena parte miembros de sociedades políticas secretas en las que ya había germinado una ideología antifeudal que, lógica y previamente, ya existía en la mente de los mujiks que se encontraban en una situación de verdadera esclavitud. Dicha parada militar intentó ser convertida por los conjurados en un alarde de fuerza para obligar al Senado o promulgar en su nombre el llamado “Manifiesto al pueblo ruso”, redactado por intelectuales comprometidos por la causa de la libertad, por el que se declaraba suprimida la servidumbre y la desigualdad de clases. Los insurrectos, que habían llegado a gritar ¡Viva la Constitución!, se vieron rodeados de tropas gubernamentales cuatro veces superiores en número. Además, por orden del Zar Nicolás, la artillería abrió fuego sobre los sublevados. En pocos minutos la plaza quedó cubierta de muertos y heridos. Luego, las persecuciones y represalias contra los que, más tarde, habrían de ser llamados decembristas fue implacable: 579 personas fueron llevadas ante los tribunales, algunas de ellas -cinco- fueron condenadas a muerte, otras a trabajos forzados, ...

En la misma ciudad, y en la Plaza del Palacio (“espacio monumental” sito entre el Palacio de Invierno o Ermitage y el edificio del antiguo Estado Mayor General -con su grandioso arco triunfal-), en 1905, tuvo lugar otro trágico suceso histórico: el 9 de enero de ese mismo año fue ametrallada y aplastada por la caballería rusa una manifestación pacífica de trabajadores, amén de mujeres y niños, que trataban de exponer ante el Zar -que se encontraba en el Palacio de Invierno- su miserable situación. Se contaron más de mil personas muertas y más de dos mil heridas. Esta protesta de masas -a manera de huelga- está considerada para la historia como un verdadero conato revolucionario que exteriorizó las opiniones sociales que hasta entonces habían permanecido latentes en el alma del sufrido pueblo ruso. Ese día, que fue el inicio de la primera revolución bolchevique, pasó a la historia con el nombre de Domingo Sangriento.

Unos años después, el 11 de marzo de 1917 (26 de febrero en el calendario juliano), otra plaza de Petrogrado -la de Známskaya- habría de ser marco y testigo de cómo la policía zarista abrió fuego contra una manifestación (conformada por miles de personas) que, desde los suburbios, trataba de llegar al centro de la ciudad en protesta por la falta de pan. El saldo fue de 40 personas muertas y decenas de heridos, estando considerado, precisamente, este luctuoso suceso como el comienzo de la Revolución Rusa. El lugar había de quedar para el recuerdo con el nombre de Plaza de la Insurrección. No mucho después, el 25 de octubre de ese año, el zarismo habría de ser definitivamente derrocado.

PLAZA DEL AYUNTAMIENTO (PLAZA DE ESPAÑA, Y TAMBIÉN DE LA CONSTITUCIÓN) DE LA LOCALIDAD DE MINAS DE RIOTINTO, HUELVA.

La cuenca minera de Riotinto ya conmemoró en su debido tiempo el centenario de los trágicos sucesos que tuvieron lugar el día 4 de febrero de 1888, año éste conocido allí, y en todo el territorio de Huelva, como el “año de los tiros”.

Como se pone de manifiesto en algunos textos de los más destacados analistas de aquellos hechos, los gravísimos acontecimientos de que se trata constituyen “la primera reacción sangrienta que tiene lugar en España contra una protesta organizada por los protagonistas pioneros del movimiento obrero, pocos meses después -y no fue una simple coincidencia del azar- de la masacre de Chicago del primero de mayo de 1887, fecha emblemática en la historia de la lucha obrera. Y así, en esa línea, para entender en profundidad la multitud de factores convergentes y que a su vez provocan la acción genocida, hay que remitirse a autores como el inglés Avery o el jesuita Gil Varón -profesor que fue de la Universidad de Córdoba- considerados como los más destacados estudiosos de esa concreta temática onubense.

El mayor problema de todos cuantos soportaban por entonces los habitantes de la cuenca minera de Riotinto y alrededores, eran los gases -dióxido de azufre o “los humos”- desprendidos de los montones de piritas (o “teleras”) en la fase de calcinación al aire libre; el ambiente se hacía irrespirable y tremendamente malsano, hasta acabar con todo tipo de vegetación. Los trabajadores, ni que decir tiene, tenían jornales de miseria, a la vez que su número era diezmado por los numerosos accidentes -no pocos mortales- que dejaban a las viudas e hijos en las más bajas situaciones de miseria aun cuando bastantes niños, mediante un pequeño estipendio, pasaban a veces a formar parte de la plantilla de la Riotinto Company incluso como mineros de interior.

El día ya señalado, unas 8000 personas -con mujeres y niños- trabajadores de las minas y campesinos de pueblos de los alrededores (especialmente de Zalamea la Mayor), ocuparon la plaza y calles adyacentes, y enviaron al Ayuntamiento comunicados con peticiones reivindicativas para que las autoridades locales los transmitiesen a la Compañía Minera. Desde los locales municipales se habían pedido refuerzos de guardia civil y de soldados del Regimiento de Pavía. Los primeros ya habían recibido órdenes de disparar sobre los manifestantes en caso nece-

sario. Los representantes de los mineros y campesinos entraron en el Ayuntamiento para negociar. Mientras tanto, 180 soldados -dos compañías- mandadas por un teniente coronel, que habían llegado de Huelva, tomaron posiciones en dos filas delante del Ayuntamiento; la primera se arrodilló y disparó a la masa de gente, mientras que la segunda se mantuvo de pie y lo hizo sobre las cabezas de sus compañeros; la guardia civil en número de cuarenta a caballo, se desplazó hacia las calles laterales de Santa Bárbara y Prim. Se llevaron a cabo varias tandas de disparos, y sobre la plaza ya vacía se pudieron recoger cuarenta y ocho muertos -o heridos, según la versión de aquellas autoridades-. Un destacado dirigente de aquella protesta, que se encontraba negociando en el interior de la Casa Consistorial, después de que el teniente coronel diese la orden de fuego, se asomó al balcón y gritó: “¡Los verdaderos enemigos de nuestro país no son los capitalistas ingleses sino los mismos españoles!”; pese a que el jefe militar ordenó disparar sobre él, milagrosamente pudo escapar del pueblo.

En Riotinto se da por cierto desde entonces que el número de muertos estuvo entre cien y doscientos, aunque, como ahora se verá, lo sucedido con posterioridad al día de la masacre, obliga a dar como cierta la última de esas cifras u otra muy próxima a ella. Muchos de los heridos en la plaza murieron desangrados en los campos, siendo no pocos de ellos enterrados de forma sigilosa en las escombreras de las minas de la zona, mientras que tropas, y sobre todo la guardia civil -que había sido reforzada en su número- detenían a los heridos e incluso a todo aquel sospechoso de haber sido manifestante. A los primeros apresados -especialmente si se trataba de heridos- se les debió aplicar la ley de fugas, ya que a ninguno de ellos se le sometió a juicio, dándose la circunstancia -nada extraña por cierto en aquel contexto- de que los supervivientes fueron además juzgados, mientras que los militares e incluso el gobernador civil allí presente quedaron eximidos de toda responsabilidad: infamia sobre infamia.

Poco después de tan trágicos sucesos, y como colofón a tantos infortunios como habían sufrido los mineros de Riotinto, faltaba ponerle la guinda al execrable crimen: La Compañía inglesa consiguió -el dinero, que es Poder, todo lo puede- que la Comisión de Sanidad, en la que figuraban miembros de la Real Academia de Medicina emitiese un informe en el que se precisaba cómo “el dióxido de azufre lanzado a la atmósfera por la combustión de las *teleras* (que era el motivo primero de la protesta que había dado lugar a la masacre) no era en absoluto perjudicial para la salud”. Así, al reflexionar sobre lo expuesto, puede decirse con seguridad que -por entonces- ningún otro colectivo español se encontraba tan desvalido como los trabajadores de la cuenca minera de Riotinto. Todo y todos eran sus enemigos; incluso la ciencia. Ante tanto patetismo, ni cabe ni puede añadirse ya ningún comentario.

PLAZA DE MACONDO. SURAMÉRICA ESPAÑOLA.

Plaza pública de Macondo. Fiestas de Carnaval: en un momento álgido de los carnavales, estando la plaza abarrotada de máscaras, alguien gritó:

¡Viva el partido liberal!. ¡Viva el coronel Aureliano Buendía!.

Los soldados de un escuadrón del ejército, disfrazados con chilabas que les permitían ocultar los fusiles y sin otros motivos que los referidos “¡vivas!” -es decir, sin motivo alguno- formaron colocándose en posición de tiro y, tras la orden del comandante, comenzaron a disparar a discreción sobre el apretado gentío. Sobre el piso de la plaza solamente quedaron los muertos y los heridos, treinta y nueve en total entre hombres y mujeres, todos disfrazados para las fiestas, incluso los músicos de profesión -que fueron tres-. Los cadáveres terminaron enterrados en una fosa común, y más tarde, el Gobierno -que había rechazado los cargos en relación al caso, prometió abrir una investigación acerca de la masacre, más, como era de esperar, no llegó a esclarecerse nada en relación con tan inesperado suceso. Con todo, la gran infamia de Macondo, el mayor genocidio, habría de suceder algún tiempo después.

El espíritu creador de *Gabo* encajó a la perfección los sucesos que habrían de venir, en el tiempo y en otro lugar de Macondo: La Plaza de la Estación de Ferrocarril. Sin duda, el premio Nobel colombiano conocía los hechos hasta aquí relatados, las historias referentes a España (1936-1939), amén de lo sucedido durante y después del sangriento golpe de estado de 1954 en Guatemala, patrocinado por la United Fruit Company, compañía bananera por antonomasia.

La gran huelga no sólo estalló en Macondo sino también en las zonas limítrofes donde proliferaban las plantaciones de plátanos de la compañía frutera; los trabajadores arrastraban una existencia miserable, y en un intento de mejorar su situación redactaron un pliego de peticiones a la empresa. Se proclamó la ley marcial y tres regimientos arribaron a Macondo; luego las autoridades hicieron llegar a los trabajadores un llamamiento para que se concentrasen en la Plaza de la Estación, ya que el Jefe Cívico Militar llegaría en ferrocarril para interceder en el conflicto entre la multinacional frutera y los trabajadores. El ejército había emplazado ametralladoras alrededor de la plaza. Hacia mediodía -esperando un tren que no llegaría nunca- más de tres mil personas, entre hombres, mujeres, y niños, se encontraban ya en la explanada. Unos oficiales, desde el tejado de la estación, conminaron a la multitud a abandonar la plaza o dispararían de inmediato. Un capitán gritó la orden de fuego y catorce ametralladoras comenzaron a disparar. La muchedumbre estaba copada, y las personas que la componían iban cayendo como cae la mies al ser segada con una guadaña. Luego, pasado un corto tiempo, con el silencio final, sí llegó un tren -con doscientos vagones vacíos- en el que fueron cargados los cadáveres para ser arrojados al mar. No obstante, no terminó todo con la masacre, la infamia iba a continuar: los soldados buscaron durante varios días, casa por casa, a huelguistas o presuntos simpatizantes.

José Arcadio Segundo -“Buendía”- estaba seguro que los muertos fueron más de tres mil (tres mil cuatrocientos ocho), ¡todos los que estaban en la estación!. Fue el gran crimen “... de los cachacos que mandó el Gobierno a matar trabajadores”. No obstante, la verdad oficial fue que no había pasado nada; la masacre no había tenido lugar y los cadáveres, “inexistentes”, no pudieron ser arrojados al

mar; esta “verdad” fue incluso aceptada por los historiadores, siendo la que figura en todo tipo de escritos y en los textos de enseñanza.

PLAZA DEL AYUNTAMIENTO. BAENA (CÓRDOBA). JULIO, 1936.

Como había sucedido en otros lugares de España, el día 18 de julio de 1936, la guardia civil del puesto de Baena, junto con algunos falangistas y terratenientes, bien armados y en número aproximado de un centenar, se subleva contra el Gobierno de la nación. Como reacción a ello, la mayor parte de los campesinos -braceros y jornaleros- se retiraron al campo para organizarse y “reconquistar” la población sin apenas armas. Consiguen en parte su objetivo, cercan a los rebeldes -que habían tomado como rehenes a personas fieles al Gobierno- y establecen su “cuartel general”, el legal Comité del Frente Popular (la primera autoridad municipal estaba ausente y el primer teniente de alcalde era rehén de la guardia civil), en el amplio edificio del Asilo de San Francisco, en el que internaron a determinado número de derechistas que no se habían incorporado al grupo golpista.

Así se mantuvo la situación, con algunas escaramuzas, hasta que el día 28 de ese mismo mes de julio entró en Baena, procedente de Córdoba -ciudad en la que había triunfado la rebelión militar- una columna en cuya cabeza figuraban fuerzas marroquíes de regulares y legión, seguidas de artillería, infantería del Regimiento de Lepanto, guardia civil, guardia de asalto, falangistas, y ametralladoras. La mayor parte de la población huyó de Baena, y prácticamente la totalidad de los que quedaron fueron detenidos y trasladados a la Plaza del Ayuntamiento. Inmediatamente, aquella misma tarde comenzó la masacre; “el acontecimiento más cruel de la mal llamada guerra civil en la provincia de Córdoba”, como apuntó el historiador F. Moreno; el primer acto de la tragedia fue el fusilamiento de los rehenes izquierdistas detenidos en el cuartel de la guardia civil; luego, baenenses de todo tipo y creencias eran obligados a tumbarse boca abajo en la explanada de la Plaza, en hileras, delante del Ayuntamiento y el Cuartel. El propio Jefe de la guardia civil local iba matando a los allí tendidos con la colaboración de algún ayudante en tan macabra e insólita acción criminal; cuando se terminaba una fila se empezaba con otra, y así hasta que se fue la luz de aquel día de pesadilla. En la primera tanda (aquella tarde hubo varias tandas más), 80 personas fueron ejecutadas personalmente por el ya referido guardia civil que a la sazón tenía la graduación de teniente (F. Moreno, 1985). En los dos días siguientes continuaron los asesinatos masivos. No había precedente de horror semejante en toda la historia de Baena. Desde la Plaza la sangre corría por la pendiente de las calles del Moral y de la Calzada, y cuando la infamia parecía que ya no podía incrementarse, sucedió que a los hombres encargados de llevar los cadáveres desde la Plaza al cementerio se les fusilaba allí, pasando a ser amontonados con los otros.

La memoria popular de Baena coincide en todos los casos en precisar cómo la cifra de fusilados de los tres últimos días del mes de julio en ningún caso fue inferior a 700 (F. Moreno), e incluso se ha llegado a barajar la cifra de 2000 personas masacradas. Con todo, el número de asesinados tras la entrada de la

columna de sublevados en Baena, puede que no esté muy alejada del número 1200, al menos esa cantidad era la estimada entonces por la prensa gubernamental.

Con todo lo anterior, se ha mencionado para la Historia de la Infamia, o de la Historia de la Infamia, el fusilamiento de los transportadores de cadáveres hasta el cementerio, pero no se ha dicho que éstos a su vez cavaron sus propias tumbas: las fosas comunes en que serían conjuntamente sepultados.

En otro lugar del casco urbano de Baena, ya en el día 29 de julio -después de la matanza del 28- sucedía entre tanto otra tragedia: los trabajadores más belicosos, que se habían fortificado en el Asilo de San Francisco, intentaron resistir a las fuerzas de la columna militar, llegando a colocar atados a las ventanas a los rehenes de derechas que, con anterioridad habían tomado prisioneros, con el fin de disuadir a los atacantes, cuya vanguardia -ya se dijo- la componían regulares y legionarios. El resultado fue que los asaltantes hicieron fuego -incluso de mortero- sin contemplaciones, matando a un número indeterminado de derechistas. La resistencia fue imposible, mas una buena parte de los defensores pudieron escapar del edificio y de Baena, quedando allí un testimonio horrible: 81 cadáveres, unos destrozados a hachazos y otros acribillados en las ventanas... y pocos supervivientes. No obstante, se hicieron 88 prisioneros -algunos heridos- de los allí atrincherados, que de inmediato (con otros detenidos) fueron ejecutados en la Plaza del Ayuntamiento a un ritmo más intenso que el día anterior.

Con todo ello, faltaba completar la gran infamia, con un acto final -¡menos mal!- esta vez sin sangre: en el mes de septiembre del mismo año, al fatídico teniente, comandante militar de Baena, se le rindió público homenaje, y se le condecoró nada menos que con la Medalla Militar, ante una imagen de Jesús Nazareno y un altar levantado al efecto en la misma plaza donde tuvo lugar unas semanas antes el gran crimen colectivo, y en cuyo pavimento podían verse aún las manchas oscuras de la sangre de los masacrados; acto éste descrito fiel y detalladamente en las páginas del diario *El Defensor de Córdoba* de 15 de septiembre de 1936.

BADAJOZ, 13 Y 14 DE AGOSTO DE 1936.

Desde primeras horas de la mañana, aviones italo-alemanes provenientes de Portugal -Caia- y Mérida, bombardean Badajoz; luego se inicia el ataque del Ejército de Africa al mando de Yagüe, que también lo hizo por la espalda gracias a las facilidades dadas por el dictador luso Salazar. Al día siguiente se reanudaron los ataques con preparación artillera y nuevos bombardeos aéreos y, en consecuencia, fuerzas de la legión y regulares, seguidas de algunos falangistas, encabezaron los efectivos que lograron tomar la ciudad, consiguiendo la liberación inmediata de 380 presos de derechas, todos ellos sanos y salvos.

Como había sucedido en tantas otras localidades, toda una multitud de prisioneros fueron concentrados en la Plaza de La República y en la Plaza de San Juan para ser trasladados desde las mismas hasta la plaza de toros; allí, y también en la

Plaza de Menacho -y en algunas calles de la ciudad- durante la tarde y la noche del día 14 fueron asesinadas cientos de personas, corriendo la sangre por las calles Obispo y Ramón Albarán, habiéndose podido fotografiar montones de cadáveres con los órganos genitales cercenados según el ritual rifeño llevado a cabo por los soldados profesionales de los tabores de regulares (según Brasillach. Vila Izquierdo, 1983). Falangistas locales e incluso miembros de la Iglesia -como el ultracatólico padre Lomba- fueron factores destacados en los actos de venganza y represión.

No se juzgó a nadie, y en realidad no puede decirse que hubiese prisioneros. Los que se habían rendido fueron ejecutados de inmediato. En el coso pacense se instalaron unas ametralladoras, lo que permitió asesinar -en la tarde y noche del día 14 y durante el día 15- a más de 1200 personas, sin respetar las leyes sobre prisioneros de guerra. Pese a toda esa gran masacre, las matanzas en la plaza de toros siguieron los días 16, 17, y 18 sobre una arena absolutamente empapada de sangre.

Estas atrocidades las conoció el mundo a través de los corresponsales de prensa franceses de *Le Figaro* y otros diarios, así como de los artículos al respecto redactados para el estadounidense *New York Herald Tribune* y, especialmente por los textos de los reportajes del portugués Mario Neves en el *Diario de Lisboa*; algo después, los sucesos de Badajoz alcanzaron su máxima difusión a través de los escritos de Jay Allen, que habrían de horrorizar a todo el mundo civilizado.

En relación con las crónicas elaboradas por los corresponsales de guerra en Badajoz, se estima que es de interés reproducir al menos alguna frase del despacho enviado por el citado Mario Neves al *Diario de Lisboa*, y retirado por la censura salazarista cuando ya estaba en prensa. *Badajoz 17*: "...*Quero deixar Badajoz..., nà mais voltarel aqui. (...) Basta tez uma mediana formação moral e estar sinceramento fora das paixões que se chocan para não poder presenciar a frio as cenas horriveis dessa guerra civil tremenda que ameaça devorar a Espanha (...)*.

A partir de entonces, escasos periodistas -muy seleccionados políticamente- acompañarían al ejército sublevado o podrían moverse libremente por la llamada *zona nacional*.

Retomando, para matizar, los asesinatos de la plaza de toros, sobre ellos, debe decirse cómo los pacenses de derechas podían asistir, desde los tendidos, al espectáculo mediante invitación. A algunos de los que iban a morir se les toreó como si de reses bravas se tratara, usando bayonetas a manera de estoque, que eran clavadas en los cuerpos de aquellos desgraciados -en su mayor parte campesinos, ya que los militares que se habían mantenido fieles al Gobierno eran fusilados en las tapias del cementerio-. Solamente en la plaza de toros, se ha estimado, murieron unas 4000 personas (9000 muertos entre combates y represión total en los primeros días de Badajoz). Cuenca Toribio (1986) da la cifra de 2964 víctimas de la represión nacionalista para toda la provincia de Badajoz y Gabriel Jackson refiere (Londres, 1974) cómo Yagüe llegó a reconocer que en la ciudad de Badajoz se habían fusilado a cerca de 2000 personas.

Como en otros casos de esta etapa de guerra de columnas, a la infamia de los

asesinatos masivos habían de sumarse otras, como en este caso la ya referida de “jalear” y estoquear a los prisioneros en la arena del coso taurino, y también la villanía del fascista -corporativista- Salazar, que devolvió hacia una muerte segura a miles de evadidos hacia el territorio portugués, violando las normas más elementales del derecho de gentes (Vila Izquierdo, 1983); siendo obligado comentar al respecto cómo la intervención portuguesa en la guerra civil española está muy poco estudiada.

El temor había quedado institucionalizado entre la población superviviente de la ciudad de Badajoz; mas todavía faltaba otro crimen que provocó tanto horror que, en algunos aspectos, llegó incluso a superar a los relatados con anterioridad: el día 6 de septiembre las autoridades militares mandaron “sacar” a 43 heridos republicanos del hospital civil, arrastrándolos hasta la plaza de toros y asesinándolos de un tiro en la nuca (V. Izqdo., 1983).

Cuenca Toribio, en su obra *Guerra Civil de 1936 -1986-* llega a decir no sólo de Badajoz sino refiriéndose a toda España: “...venganzas personales, represalias inmediatas en el campo de batalla, el horror describe un cuadro nunca presenciado por toda la comunidad occidental en los últimos tres siglos”. Con todo, quizás la infamia de origen del pronunciamiento -de la rebelión militar- derechista sea superior a cualquier otra; las consignas del “director” -en abril de 1936- eran bien claras: “se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta..., aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos (todos los directivos de los partidos políticos no afines, sociedades, sindicatos, ...) para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas”. (C.T. *op. cit.*, 1986).

PALMA DEL RÍO (CÓRDOBA). 26 DE AGOSTO DE 1936. DE LA PLAZA DEL AYUNTAMIENTO AL CORRALÓN DE “DON FÉLIX”.

El día 26 de agosto de 1936, una columna militar de sublevados, formada en parte por fuerzas del Regimiento de Cádiz, intentó penetrar en Palma del Río (población que se mantenía fiel al Gobierno), encontrando no poca resistencia, en especial la ejercida por trabajadores campesinos que trataban de defenderse y defender a su pueblo, llegando incluso a efectuar la construcción de barricadas. No obstante ello, la resistencia fue imposible y los defensores, así como buena parte de la población, huyeron del casco urbano. Al día siguiente entró en la ciudad un contingente militar, ayudado de otra columna procedente de Écija, apoyado y escoltado con caballería de La Remonta y numerosos falangistas -entre los que figuraba el famoso Don Félix Moreno, con su Cadillac negro y un desatado afán de venganza, ya que “se decía” que su ganadería de toros bravos había sido diezmada y sacrificada durante los meses de julio y agosto con el fin de servir de alimento para los trabajadores agrícolas de la zona-.

Después de un bombardeo artillero la ciudad fue tomada con facilidad, quedando la suerte de la población -los “menos comprometidos” precisamente- en manos de Félix Moreno y otros propietarios. Hombres y mujeres fueron concentrados en la Plaza del Ayuntamiento, y desde allí iban siendo trasladados a un

espacio próximo conocido como “el corralón de Don Félix”, lugar en el que fueron masacrados la mañana del 27 de agosto con las ametralladoras que se habían instalado para la fechoría. Algunos historiadores en sus trabajos no dejan de hacer notar semejanzas entre esta matanza y la acaecida en Baena a finales del mes de julio.

Los prisioneros eran colocados a culatazos delante del muro de ejecución. Las escenas fueron dantescas: cuando los montones de cadáveres impedían continuar la operación había un tiempo de espera para retirar los muertos y proseguir con los asesinatos. Lapierre y Collins hablan en la edición francesa de su historia de 350 muertos (42 de derechas) en Palma del Río hacia final de agosto.

La fuente más consultada -el historiador cordobés Moreno Gómez-, no dice estar en desacuerdo con las cifras de víctimas manejadas por los antedichos autores franceses, no obstante destaca en su *Historia de La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)* cómo la opinión pública en Palma del Río no considera inferior a 500 el número de víctimas de aquella etapa de la guerra, haciendo constar a su vez el hecho de que no existe familia obrera alguna en dicha ciudad en la que, al menos un miembro de la misma, no hubiese sido sacrificado en el fatídico “corralón de Don Félix”.

MADRUGADA DEL DÍA 3 DE OCTUBRE DE 1968. PLAZA DE SANTIAGO TLATELOLCO O DE LAS TRES CULTURAS. CIUDAD DE MÉJICO.

Gustavo Díaz Ordaz, uno de los máximos dirigentes del P.R.I. -Partido Revolucionario Institucional- era desde 1964 Presidente del Ejecutivo. Desde el principio de su mandato había tenido serios conflictos -algunos de ellos sangrientos- con el mundo campesino y obrero; ello además de masivas protestas estudiantiles por diversos y más que justificados motivos. Así, el referido día, tuvo lugar una concentración de estudiantes en la Plaza de Las Tres Culturas. Una fuerza militar apoyada por tanques ligeros trató de dispersar a los manifestantes disparando sobre ellos, lo que provocó una veintena de muertos y, entre los heridos -curiosamente- figuraba un general de paracaidistas, así como la entonces famosa periodista italiana Oriana Fallaci.

El -en aquella etapa- Secretario del Gobierno, y luego “heredero” de la presidencia de Ordaz, Luis Echevarría Álvarez, se distinguió en la represión de los estudiantes. En estos trágicos sucesos se dio la circunstancia -que no fue en absoluto casual- de que ni los campesinos ni los obreros de la industria se solidarizaron con las reivindicaciones de los estudiantes.

PLAZA DE TIANANMEN. PEKÍN, 1989.

Durante la noche del sábado 3 de junio de 1989 -ahora se cumple el décimo aniversario de los sucesos- y en la madrugada del 3 al 4, casi “medio millón de estudiantes y activistas demócratas” (cifra está a todas luces exagerada; téngase

en cuenta que este dato, así como todas las demás fuentes utilizadas, proceden directa o indirectamente de agencias de noticias), exigían algunos derechos fundamentales -especialmente la libertad de expresión- en una jornada de protesta pro-democracia.

Antes de esa noche, en ese mismo sábado, habían tenido lugar enfrentamientos -con heridos- de grupos de manifestantes que estaban en huelga de hambre nada menos que desde el 13 del anterior mes de mayo, y la *ley marcial* estaba impuesta a su vez desde dos semanas antes. Los militares, con ayuda de tanquetas, ocuparon la plaza a las cinco de la mañana -antes la había intentado despejar un regimiento de soldados desarmados- concentrando a los aproximadamente 2000 estudiantes manifestantes en el centro de la plaza, amén de otras 50.000 personas en los alrededores de la explanada. Se usaron en principio gases lacrimógenos, abriéndose posteriormente fuego -indiscriminadamente- y provocando una matanza. Los estudiantes quemaron vehículos blindados y se apoderaron de un determinado número de armas. Fue toda una noche de terror, llegándose a oír ráfagas de ametralladora.

Lo singular del inicio de los sucesos no deja de llamar la atención, ya que el detonante de todo ello estuvo en realidad en un accidente: un vehículo de la policía arrolló a cuatro peatones, y los huelguistas pretendían exhibir los féretros en la Plaza de Tiananmen, acto que trataban de impedir las fuerzas de orden público.

Como consecuencia de aquella noche fatídica -en principio todas las noticias fueron de fuentes militares- se habló de 30 muertos y centenares de heridos. Luego se barajaron cifras de un millar de soldados y policías muertos, huidos o secuestrados. No dándose en los primeros días el número de bajas civiles, que podrían ser más de 2000 muertos según alguna fuente. Al respecto, se debe hacer constar cómo al día siguiente no salió a la luz ninguna tirada de diarios en Pekín, siendo todas las noticias de fuentes oficiales. Las cifras que, pasado el tiempo, se han tenido como más creíbles se refieren a cientos de muertos y miles de heridos, y ello pese a que los datos atribuidos a la misma Cruz Roja hablasen sobre 2500 civiles muertos. Mas, en todo caso, bien es verdad que, en esta masacre, los manifestantes -los estudiantes- vendieron caras sus vidas.

La represión que siguió a estos sucesos se extendió por toda China, llevándose a cabo multitud de detenciones. Centenares de supuestos “conspiradores” o “demócratas” fueron juzgados por tribunales populares y, en consecuencia, todo el mundo capitalista condenó al Gobierno chino.

* * *

El autor -el compendiador- no puede o no quiere hacer ningún comentario más, si es que en realidad hizo alguno, a todos estos sucesos fatídicos de la interminable *Historia de la Infamia*.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA CONSULTADA.

AVERY, D.: *Nunca en el cumpleaños de la Reina Victoria. Historia de las minas de Río Tinto.* (pp. 181-204; 279). Barcelona, Labor, 1985.

CIEZA DE LEÓN, P. de: *La crónica del Perú.* (pp. 242-244). Madrid, Espasa-Calpe, 1962.

CUENCA TORIBIO, J.M.: *La Guerra Civil de 1936.* (pp. 14-17; 235-259). Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

GARCIA MÁRQUEZ, G.: *Cien años de soledad.* (pp. 164-165; 242-252; 260 y 270). Barcelona, Argos Vergara. 2ª edic.: nov 1979.

GIL VARÓN, L.: «*Massacre and cover-up: Río Tinto 1888*». *Iberian Studies.* Vol. 16. (pp. 1-19), 1988.

___ : «*Represión de la manifestación de 4 de febrero de 1888 en Minas de Río Tinto (Huelva)*». En ACIS, *Journal of The Association for Contemporary Iberian Studies.* Vol. 2, nº 1. (pp. 4-13). Spring, 1989.

JACKSON, G.: *A Concise History of the Spanish Civil War.* Londres, Thames and Hudson Ltd., 1974. (Versión española: *Breve historia de la Guerra Civil de España*, pp. 57-58. Ruedo Ibérico, 1974).

JULIÁ, S. (coordinador), et al.: *Víctimas de la Guerra Civil.* (pp. 74-77; 106). Madrid, Temas de Hoy, 1999.

KANN, P.: *Leningrado.* (pp. 16; 128-148; 204-205). Moscú, Ráduga, 1986.

KIRKPATRICK, F.A.: *Los conquistadores españoles.* (pp. 122-131; 140-146). Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.

MADOZ, P.: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España...* t. V. Cádiz (pp. 201-203). Madrid, 1846.

MOLINA, R.: *Córdoba y sus plazas.* (84 págs. Y láminas). Córdoba, Serv. de Publ. del Excmo. Ayuntamiento, 1982.

MORENO DOMÍNGUEZ, R.: 1988. *El Año de los Tiros.* (166 págs.). Huelva, Dip. Prov. de Huelva-Ayuntamiento de Nerva-Mancomunidad de Municipios-Cuenca Minera-Fundación Río Tinto, 1998.

MORENO GÓMEZ, F.: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939).* (pp.194-201; 214-240; 375-382). Madrid, Alpuerto, 1985.

VILA IZQUIERDO, J.: *Extremadura: la Guerra Civil.* (pp.47-81). Salamanca, Universitas Editorial, 1983.